

## LA INACCIÓN DEMOCRÁTICA EN EL BANCO MUNDIAL

Joseph E. Stiglitz (\*).

*"Lo que está en juego aquí es no menos importante: las vidas y el bienestar de miles de millones de habitantes del tercer mundo dependen de una guerra mundial contra la pobreza"*

James Wolfensohn, el Presidente del Banco Mundial, ha anunciado su intención de marcharse y se está buscando a un nuevo director para la organización multilateral más importante del mundo de entre las que fomentan el desarrollo. La elección resulta particularmente importante ahora, cuando por fin se está reconociendo que la pobreza del tercer mundo es nuestro mayor problema y también amenaza.

La designación del Banco Mundial como "banco" no expresa toda su importancia y sus múltiples funciones. Presta dinero, en efecto, a los países para emprender proyectos diversos y ayudarlos a sobrellevar las crisis (como, por ejemplo, los diez mil millones de dólares que facilitó a Corea en el período 1997-1998). Ha desempeñado - y desempeña - un papel decisivo en la reconstrucción posterior a los conflictos en todo el mundo.

Pero el Banco concede también donaciones y préstamos con bajo interés a los países más pobres, en particular para la educación y la salud, y los asesora sobre las estrategias para el desarrollo. Con frecuencia se ha unido al FMI para imponer por la fuerza a los países ese "asesoramiento": si no lo hacen, no sólo se verán privados de la ayuda del FMI y del Banco Mundial, sino también de la de otros donantes, y los mercados de capitales no tendrán motivos para facilitarles fondos.

A veces - muchas veces, según sus críticos - el asesoramiento brindado por el FMI y el Banco Mundial es desacertado. Así fue sin lugar a dudas en el decenio de 1980 y al principio del de 1990, cuando predominaba la ideología de derechas, lo que daba una fórmula igual para todos, compuesta de privatización, liberalización y estabilidad macroeconómica (lo que significaba estabilidad de los precios), sin prestar la suficiente atención al empleo, la equidad y el medio ambiente.

El término "banco" es inadecuado en otro sentido: si bien el Banco Mundial llama "accionistas" a sus miembros, no es un banco privado precisamente. Al contrario, es una institución pública mundial, pero, mientras que todos los países del G-7, que dominan las votaciones en el Banco, declaran su compromiso con la democracia y la gestión idónea de los asuntos públicos - y propugnan su fomento como uno de sus objetivos fundamentales -, existe un abismo inmenso entre lo que predicán y lo que practican.

De hecho, todo el proceso de elección de los dirigentes de las instituciones internacionales es un anacronismo histórico que socava su eficacia y constituye una burla del compromiso de los países del G-7 con la democracia. Ese proceso, establecido al comienzo, hace sesenta años, se enmarca en un acuerdo según el

cual un americano dirigiría el Banco Mundial y un europeo el FMI. El Presidente americano elegiría al director del Banco y Europa decidiría colectivamente el del FMI, con la condición de que la otra parte sólo ejercería el veto en caso de que un candidato fuera totalmente inaceptable.

En los Estados Unidos, todos los nombramientos presidenciales importantes deben ser ratificados por el Senado; aunque los rechazos no son frecuentes, ese proceso de examen es importante, porque el Presidente sabe que no puede rebasar cierto límite. Pero la presidencia del Banco Mundial es un chollo presidencial poco común: un nombramiento que no está sujeto siquiera a audiencias en el Congreso.

¿Cómo se pueden tomar en serio los consejos sobre reformas democráticas cuando las instituciones multilaterales que los dan no cumplen los propios criterios de transparencia y participación que propugnan? ¿Por qué debe limitarse la búsqueda del sucesor de Wolfensohn a un americano (y en particular a un americano leal a un partido político determinado)? ¿Por qué se desarrolla el proceso de selección a puerta cerrada? ¿No deberían esas instituciones públicas internacionales buscar a la persona más competente, independientemente de su raza, religión, sexo o nacionalidad?

Los dos nombres que se han rumoreado hasta ahora - seguramente filtrados como globos-sonda - resultan particularmente inquietantes. Dicho sin ambages, dada la importancia del Banco Mundial, cualquiera de los dos supuestos candidatos de los Estados Unidos - el Secretario Adjunto de Defensa, Paul Wolfowitz, o el ex Presidente de Hewlett-Packard, Carleton Fiorina - han sido figuras muy polémicas en todo el mundo. Aun cuando la convención permita al Presidente americano nombrar al jefe del Banco Mundial, el éxito de la organización depende de la confianza de los demás. Ni Wolfowitz ni Fiorina tienen formación ni experiencia en materia de desarrollo económico o mercados financieros.

Naturalmente, algunos de los anteriores seleccionados resultaron ser mucho mejores de lo previsto; estuvieron a la altura de las circunstancias, pese a unas aptitudes que nunca les habrían permitido figurar en la lista de finalistas de un proceso de selección objetivo y transparente. Demostraron que siempre existe la posibilidad de un desempeño superior a lo previsto, pero eso no compensa el riesgo de un desempeño inferior, razón por la cual la norma mejor es la de buscar al mejor candidato.

Existen personas absolutamente de primera clase que podrían asumir ese cargo, personas que han demostrado su competencia en materia de desarrollo económico, su integridad personal e intelectual y sus aptitudes políticas y de gestión. Entre esos posibles candidatos, figuran el ex Presidente de México Ernesto Zedillo, doctor por la Universidad de Yale, quien ahora da clases en ella y cuenta con el firme apoyo del Financial Times, expresado en un editorial; Armiño Fraga, doctor por la Universidad de Princeton y ex director del banco central del Brasil, y Kemal Dervis, ex Vicepresidente del Banco Mundial, que ha dado clases

en Princeton y gestionó con éxito una de las crisis de Turquía como ministro de Hacienda. ¿Por qué habría de conformarse el mundo con un candidato inferior?

Ya es hora de que los países del G-7 respalden su retórica democrática con sus acciones. Muchos se opusieron a las presiones de los Estados Unidos en pro de la guerra en el Iraq. Estuvieron acertados al mostrarse escépticos ante las afirmaciones estadounidenses de un peligro inminente representado por las armas de destrucción en gran escala.

Lo que está en juego aquí es no menos importante: las vidas y el bienestar de miles de millones de habitantes del tercer mundo dependen de una guerra mundial contra la pobreza. Elegir al general idóneo en esa guerra no garantizará la victoria, pero elegir a uno inadecuado aumenta sin lugar a dudas las posibilidades de fracaso.

---

(\*) Joseph E. Stiglitz, Premio Nobel de Economía, es profesor de Economía en la Universidad de Columbia. Su libro más reciente es *The Roaring Nineties: a New History of the World's Most Prosperous Decade* ("Los locos años del decenio de 1990: Nueva historia del decenio más próspero del mundo").

Copyright: Project Syndicate, 2005. [www.project-syndicate.org](http://www.project-syndicate.org) Traducido del inglés por Carlos Manzano.